

# COMENTARIOS

## LA PRESENCIA DE MONSEÑOR ROMERO EL PRIMERO DE JULIO

“La comunidad política y la Iglesia son, en sus propios campos, independientes y autónomos la una respecto de la otra. Pero las dos, aun con diverso título, están al servicio de la vocación personal y social de los hombres. Este servicio lo prestarán con tanta mayor eficacia cuanto ambas sociedades mantengan entre sí una sana colaboración, siempre dentro de las circunstancias de lugares y tiempos” (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 76).

El primero de julio tomó posesión de su cargo el nuevo presidente de la República, General Carlos Humberto Romero. Al acto estuvieron presentes diversas personalidades de la vida pública, miembros de los gobiernos entrante y saliente, miembros del cuerpo diplomático, representantes de otros países, el Sr. Nuncio Apostólico y algún Obispo del país. Sin embargo el Sr. Arzobispo de San Salvador, Monseñor Oscar A. Romero no estuvo en la toma de posesión.

La ausencia física del Sr. Arzobispo en este tipo de acontecimientos no es normal. Tradicionalmente se da por descontado que la máxima autoridad eclesiástica de la Arquidiócesis esté presente en la toma de posesión de un nuevo presidente, sobre todo en países que son tradicionalmente católicos. Tal presencia representa normalmente una mutua conveniencia, tanto porque simboliza el reconocimiento de la Iglesia por parte del Gobierno, como porque simboliza la justificación religiosa del mismo Gobierno.

A pesar de la ausencia física del Sr. Arzobispo, sin embargo, creemos que pocas veces se habrá notado tanto su presencia; pues existe la presencia convencida, la presencia rutinaria, la presencia por compromiso y la presencia que se hace notar precisamente por su ausencia. En este comentario queremos explicitar en primer lugar cómo entendió el mismo Sr. Arzobispo su ausencia de la toma de posesión, y mostrar en segundo lugar cómo su ausencia fue paradójicamente el primer paso de la “sana colaboración” entre la comunidad política y eclesial, de la que habla el Concilio Vaticano II en la cita que encabeza este comentario.

Con la sinceridad que le caracteriza el mismo Mons. Romero explicó en la homilía del 3 de julio y en una entrevista posterior concedida a la YSAX, y recogida en el número de ORIENTACION del 17 de julio, las razones por las cuales no asistió y su reacción al discurso pronunciado por el nuevo Presidente. Recordando su decisión del 15 de marzo de “no participar en actos oficiales mientras no se aclare esta situación” (Boletín del Arzobispado No. 6) afirmó que “no podía asistir a la toma de posesión”. El primero de julio significaba no sólo el comienzo de un nuevo Gobierno, sino el final de un mandato presidencial, en cuyos últimos meses se incrementó la persecución a la Iglesia y la conculcación de los derechos humanos de los salvadoreños. Corrigiendo las palabras del Sr. Presidente en su discurso inaugural, Mons. Romero dijo que “quien ha seguido con verdadera sinceridad e imparcialidad las relaciones entre Gobierno y, digamos, Arquidiócesis, dirá que no son simples pequeñas diferencias o malos en-

tendidos. Por lo que acabo de decir antes, se trata de algo sustancial, porque la Iglesia predica un orden justo y si no se le entiende así, sino que se le interpreta como subversión, entonces, no se trata de pequeñas diferencias, sino de algo sustancial.”

Además de explicar por qué no asistió a la toma de posesión, Mons. Romero aclaró también públicamente las expectativas de la Iglesia, suscitadas por el discurso del nuevo Presidente, y las condiciones para que esas expectativas se conviertan en verdaderas esperanzas. “La Iglesia está dispuesta siempre al diálogo, pero sobre una base de sinceridad y, sobre todo, de obras”. Si la sinceridad debe cualificar las intenciones expresadas, las obras son las que hacen real y concreta la intención. Y al mencionar las obras esperadas, Mons. Romero no ha dejado nada que desear en cuanto a claridad y concreción.

Todos los salvadoreños saben, y lo sabe también la Iglesia y el Gobierno, que las obras fundamentales son de gran envergadura; se trata de establecer un orden social justo, basado en nuevas estructuras. Y todos saben que los procesos para llegar a esa nueva situación son largos, difíciles, complejos y penosos. Estas son las obras fundamentales que según el Sr. Arzobispo darán credibilidad a la sinceridad del nuevo Gobierno. Monseñor no pide que esas obras se realicen de la noche a la mañana, pero sí pide que se comience con aquellas obras a corto plazo y que puede realizarlas el nuevo gobierno, que den una esperanza fundada de emprender un camino hacia un nuevo orden social más justo.

En concreto ha pedido que se revise la expulsión de los sacerdotes, y que puedan regresar a la Arquidiócesis aquellos cristianos necesarios para realizar la misión de la Iglesia; pide que cese la campaña de calumnias y amenazas contra los jesuitas y que se tomen las medidas para defender sus vidas amenazadas; y pide —consecuentemente con toda su actuación profética y evangélica— que se respeten los derechos humanos y la dignidad de la persona humana, el regreso a sus hogares de los ausentes y desaparecidos. “Estos son los hechos que la Iglesia espera ver, para poder pensar en que hay sinceridad de diálogo”

Por último, el Sr. Arzobispo expresó su alegría por la coincidencia entre los deseos de la Iglesia y las palabras del nuevo Presidente: que la paz es fruto de la justicia. Pero expresó también su reserva ante cualquier coincidencia entre el nuevo Gobierno y la Iglesia que fuese meramente verbal. El diálogo tiene que ser a fondo, y para ello —afirma— hay que aprender a hablar el mismo lenguaje; en concreto, hay que conocer sin manipular ni desfigurar el lenguaje de la Iglesia desde el Vaticano II y Medellín.

Esta ha sido la actuación del Sr. Arzobispo en torno al 1.º de julio. Y ahora nos preguntamos: ¿ha cumplido Monseñor su misión de cooperar sanamente con la comunidad política? ¿Ha sido su ausencia física del Gimnasio Nacional una verdadera presencia, útil además para la comunidad política y eclesial? ¿Ha sido éste el primer paso para un verdadero diálogo? Nosotros creemos que la actuación del Sr. Arzobispo ha estado plenamente de acuerdo con lo enunciado por el Vaticano II y ha sido en verdad, aunque paradójicamente, una auténtica y sana cooperación con la comunidad política, una verdadera presencia de la Iglesia y el primer paso para un verdadero diálogo, si es que éste quiere fundamentarse en la verdad.

La actuación del Sr. Arzobispo ha tenido en primer lugar un benéfico efecto clarificador de lo que deben ser las relaciones entre la Iglesia y el Estado más necesario cuanto que la rutina histórica hacía aparecer como evidente lo que en verdad no lo es. Al no asistir a la toma de posesión, el Sr. Arzobispo ha puesto un signo nuevo y contrario a lo que se esperaba, pero de ese modo ha suscitado por lo menos la pregunta por las bases verdaderas de la mutua colaboración. El Concilio Vaticano II enuncia claramente cuáles deben ser esas bases: “el servicio de la vocación personal y social de los hombres”. El Concilio, por lo tanto, ve la posible y deseable convergencia de ambas instituciones en la misión que ambas deben realizar; lo cual supone una novedad histórica, pues relaciona a ambas instituciones no directamente en sí mismas, sino a través de una tercera realidad; el hombre en su carácter personal y social.

Esta concepción del Concilio pretende terminar con una comprensión sacral de cualquier institución con autoridad y poder, bien sea ésta el Estado o la Iglesia misma. La relación y cooperación entre ambos no se puede basar por lo tanto en el deseo de complementar y armonizar símbolos políticos y religiosos unificados. Más bien, las mutuas relaciones han de estar basadas en la objetividad de las acciones de ambas instituciones, y no en el significado que se pretende adjudicar a los representantes simbólicos de lo político y lo eclesial. Lo que debe unificar ambas funciones según el Concilio es el hecho de “estar al servicio” de un mismo destinatario. La cooperación por lo tanto no se debe hacer en virtud de lo que en la Iglesia y en el Estado existe de institución, sino en la misión que ambos deben realizar. No hay nada sacral en la institución Estado, ni siquiera en la institución Iglesia, que exija el mutuo reconocimiento; pero sí hay o debiera haber una convergencia si se observa la misión que ambos tienen.

El Concilio, aunque distingue los medios específicos de cada una de las dos instituciones para llevar a cabo su misión, pone fin también a una concepción tradicional, pero anacrónica y anticristiana, de considerar al hombre separadamente en su dimensión espiritual y temporal, como si entre ambos no existiese ninguna relación. La relación entre la Iglesia y el Estado no puede concebirse según un esquema de complementariedad, según el cual el Estado debe preocuparse de lo "temporal" y la Iglesia de lo "espiritual y sobrenatural". Afirma más bien que "las realidades temporales y las realidades sobrenaturales están estrechamente unidas entre sí". Por lo tanto no es sólo el hombre, sino la totalidad del hombre lo que hace deseable la mutua cooperación, y lo que justifica en último término que también la Iglesia pueda y deba dar su juicio moral sobre la actuación de un determinado Estado, que está al servicio de la vocación personal y social de los hombres.

El diálogo querido por el Sr. Arzobispo y la cooperación deseada por el Concilio se deben basar por lo tanto en el servicio al mismo hombre salvadoreño en su vocación personal y social. Visto de esta forma sí se puede afirmar que el Arzobispo comenzó un constructivo diálogo el 1o. de Julio y que estuvo realmente presente en la toma de posesión, pues su ausencia física fue precisamente el primer paso para un diálogo basado en la verdad y en el interés de servicio al pueblo salvadoreño. Lo que el Sr. Arzobispo ofreció al nuevo Gobierno son precisamente aquellos presupuestos para que el diálogo sea en verdad fructífero, para que esté basado no en los intereses de ambas instituciones como tales, sino en el servicio al destinatario de la misión de ambos: el pueblo salvadoreño.

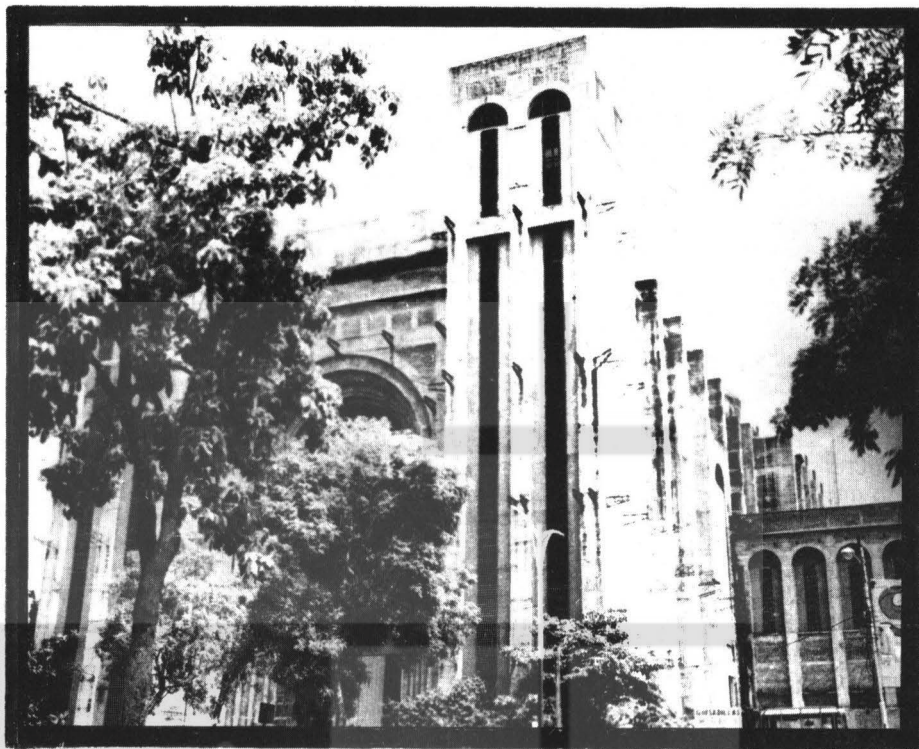


Lo que el Sr. Arzobispo aporta al futuro diálogo es en primer lugar el valor de la palabra dada. Monseñor se mantuvo firme en su decisión de no asistir a ningún acto oficial a pesar de varias presiones al contrario. Ajeno a todo oportunismo fácil, a toda reconciliación meramente aparente, con su gesto afirmó que cualquier diálogo debe estar basado en la verdad y en la ética de una postura honrada. Mantener esa palabra supuso mantener y aumentar su credibilidad ante los cristianos y el pueblo salvadoreño en general, pero supuso también la garantía de credibilidad ante sus futuros interlocutores. Su silencio del 1o. de julio hace creíble cualquier palabra que vaya a pronunciar después.

En segundo lugar, el Sr. Arzobispo ha insistido en la necesidad de hechos concretos, como presupuesto para un diálogo fructífero, con lo cual está afirmando también la insuficiencia de las intenciones, aunque fuesen sinceras, para solucionar las tensiones existentes entre Gobierno e Iglesia. Que la intención sea buena es un primer paso para servir al hombre salvadoreño; pero peligroso si a él no siguen los pasos de las obras, tanto porque de hecho no se llegaría así a solucionar el problema real del país, como porque la buena intención podría ser el modo de contentar una mala conciencia.

Los hechos que pide el Sr. Arzobispo son de dos tipos. Unos más inmediatos, como son el regreso de los sacerdotes expulsados y el que eficazmente se devuelvan los derechos ciudadanos a cuantos todavía se hallan ausentes de su hogar o incluso de su patria. Otros más fundamentales, que ha resumido de la siguiente forma: "una paz que es fruto de la justicia y del amor. . . un orden más justo, entre las relaciones de los salvadoreños en la distribución de los bienes que Dios ha creado para todos, en la administración de un bien público, que todos tenemos derechos a aspirar". El diálogo que desea y ofrece el Sr. Arzobispo versa por lo tanto sobre este punto fundamental, y no sólo sobre la pacificación de sus relaciones con el Gobierno.

En tercer lugar, el Sr. Arzobispo afirma que hay que aprender a dialogar. Con ello está diciendo que hay que aprender a hablar un lenguaje común, en el que las palabras tengan un sentido controlable y verificable. Ofrece el lenguaje del Evangelio y del Magisterio de la Iglesia, y pide que no se le malinterprete, que se capte lo que la Iglesia quiere decir cuando menciona conceptos fundamentales como son la justicia, la paz, el pecado estructural, la violencia institucionalizada, el reino de Dios. Pide que no se confunda lo expresado en estos términos con la subversión anárquica e interesada por una parte, ni que se lo confunda por otra con un amor etéreo e ineficaz que no ponga un cambio real de las situa-



ciones de injusticia. Ofrece además ese lenguaje positivamente, pues desde la luz de la fe cristiana se pueden dar juicios reales y objetivos sobre las situaciones sociales y pistas para encontrar los mecanismos más adecuados de hacer justicia y encontrar la paz. Desde la fraternidad querida por Dios se puede comprender lo que está bien y lo que está mal en el país; desde el ideal de la justicia evangélica se pueden juzgar los mecanismos concretos con que el Gobierno y cualquier otra institución del país pretenden llevar a cabo la necesaria transformación del país o impedirlo.

Ofrece por último su misma experiencia de aprendizaje. Dialogar no es una actividad cualquiera, sino una de las más difíciles que pueden llevar a cabo los hombres. Mientras dialogar signifique negociar en el propio interés o mantener un monólogo que justifique los propios puntos de vista, entonces el diálogo es relativamente fácil, precisamente porque no hay diálogo. Pero si dialogar significa unificar esfuerzos y voluntades para conseguir un bien común que redunde en beneficio de terceros, entonces el diálogo no es tan sencillo y hay que aprender a dialogar.

Ese aprendizaje es necesario para todos y también para la Iglesia. Lo que el Sr. Arzobispo ofrece al diálogo es la propia experiencia de la Iglesia en los últimos años. La Iglesia ha tenido que ir aprendiendo a ver el mundo y a la socie-

dad de manera distinta, ha tenido que ir aprendiendo que ella está para servir a ese mundo y no para dominarlo, ha tenido que ir aprendiendo que su palabra de salvación, eterna, trascendente y sobrenatural, sólo es real y creíble anunciando y realizando al mismo tiempo la salvación integral de todos los hombres y de todo el hombre. Ha tenido que ir aprendiendo sobre todo que su palabra sin hechos es vacía, como vana es la fe sin obras; y que la salvación que ofrece a todos es ilusoria sin una clara opción por las mayorías desposeídas y secularmente oprimidas.

Esto creemos que es el aporte del Sr. Arzobispo al diálogo y que ha explicitado públicamente: aquellos presupuestos sin los cuales ningún diálogo puede ser verdadero y fructífero. Ofrece fidelidad a la palabra dada, ofrece hechos más que intenciones y ofrece una experiencia, aunque modesta, de lo que significa servir al pueblo salvadoreño, que es la razón de ser de cualquier diálogo entre la Iglesia y el Estado. Todo esto es lo que estaba diciendo y ofreciendo el interlocutor ausente el 1o. de julio. Y con esa actitud suya, probada y confirmada en los últimos meses, se hacen creíbles en su realidad y significado concreto las palabras de Mons. Romero: "La Iglesia sí está dispuesta al diálogo y a trabajar, como el Concilio dice, en una sana cooperación con los que tienen en sus manos los intereses y el bien público de la república".

G.L.